



asuntos
públicos
— .cl



Centro de estudios del desarrollo

f /CentrodEstudiosdelDesarrollo

@ced.cl

@ced_cl

Novedades

24/10/2025

Política

La democracia, y el rol que juegan en ella las instituciones, la confianza y la desigualdad

20/10/2025

Política

Regulación de las Fake News en la Era Digital: Políticas públicas en Europa y América Latina

09/09/2025

Política

La desigualdad de género en la política: impacto sobre el sistema democrático y posibles medidas para su abordaje

25/08/2025

Política

Propuesta para una renovación analítica de la relación entre religión y política en Chile

04/08/2025

Política

Pactos Electorales en Chile: Evolución y Riesgos

31/07/2025

Política Sectorial

Una mirada al Plan Nacional Elige Vivir Sin Drogas: Tendencias en el consumo de sustancias en niños, niñas y adolescentes en Chile (2014-2022)

Acerca de

Este informe ha sido revisado por el Consejo Editorial de Asuntos Públicos. El contenido no representa necesariamente la opinión del Centro de Estudios del Desarrollo, CED.

©2025 asuntospublicos.cl. Todos los derechos reservados.

Se autoriza la reproducción, total o parcial, de lo publicado en este informe con sólo indicar la fuente.

Informe N°1492

Política

24/10/2025

La democracia, y el rol que juegan en ella las instituciones, la confianza y la desigualdad¹

Juan Carlos Arellano²

1.- Introducción

Hoy en día la democracia y las instituciones políticas se enfrentan a una crisis con diversos frentes, donde algunos elementos aparecen en la discusión como agravantes del problema, y otros se presentan como oportunidades para empezar a superar esta crisis y avanzar hacia una mejor y más resiliente democracia. En tal contexto, el presente informe consiste en una reflexión en torno a algunos de estos elementos, poniendo especial atención a las instituciones, los partidos políticos, la confianza, y a la desigualdad, en su relación con la democracia.

2.- El rol de los partidos políticos y la confianza, para una mejor democracia

Ya es bien sabido que la democracia se encuentra en crisis. Los niveles de legitimidad de esta, la confianza en las instituciones representativas, así como otros indicadores de similar índole han evidenciado caídas preocupantes a nivel mundial, regional y nacional. Este problema de descenso democrático sin duda tiene muchos frentes por los que se podría empezar a abordar, pero de todos estos, el que parece más plausible para empezar a actuar ya, es el aspecto institucional.

Si las instituciones existentes son sólidas y funcionan bien, ofrecen estabilidad, capacidad adaptativa y la posibilidad de construir pactos sociales. Estas además regulan nuestras interacciones en el día a día, y definen los márgenes de la redistribución, y la participación ciudadana en diversos ámbitos. Asimismo, éstas se encuentran más cerca de nuestro control, en el sentido de que es más factible poder actuar para corregir las instituciones, que otros elementos más abstractos de la ecuación del declive democrático. Así, las instituciones, cuando funcionan bien, ofrecen múltiples beneficios a la sociedad. Tienen el poder de regular los conflictos o encauzarlos a través del consenso y, al mismo tiempo, son capaces de ajustarse con el paso del tiempo, de acuerdo con las voluntades y pactos correspondientes.

¹ Artículo basado en la presentación realizada en el Seminario "Democracia y Desigualdad", organizado por el Centro de Estudios del Desarrollo (CED) el 10 de julio de 2025.

² Decano Facultad de Ciencias Sociales y Humanidades, Universidad Católica de Temuco; Magíster en Ciencia Política; Doctor en Historia, Pontificia Universidad Católica de Chile.

Dicho lo anterior, es natural preguntarse ¿cómo hacer que las instituciones funcionen mejor? Y al respecto hay que tener varios aspectos en consideración. Un primer ámbito es que se debe mejorar el proceso de reclutamiento político para generar mejores liderazgos en los partidos políticos. Liderazgos que sean creíbles y capaces de crear pactos sociales, atendiendo a las demandas constantes de la población (bienestar, labor estatal, y libertad, por nombrar algunas).

Un segundo aspecto es que la actual crisis de confianza en las instituciones pasa por la confianza interpersonal, y, por tanto, se deben hacer esfuerzos para mejorar la confianza en estos dos niveles (nivel institucional y nivel interpersonal). Esto es de vital importancia pues cuando predomina la desconfianza en una sociedad, se está más cerca del riesgo de caer bajo el yugo de líderes autoritarios.

Un tercer elemento es el riesgo de cristalización de grupos de interés en el poder. Si miramos hacia atrás veremos que esta no es la primera vez que la democracia se enfrenta a grandes retos, y en ese sentido algunas democracias han podido superar estos retos con éxito, mientras otras no tanto. En aquellos casos donde se ha fallado en lograr acuerdos para generar reformas necesarias para la supervivencia de la democracia, muchas veces ha existido un choque con grupos de interés que, cristalizados en los regímenes previos, persiguen sus propios intereses por sobre los acuerdos necesarios para avanzar como sociedad. Ante un escenario tal, los partidos políticos vuelven a aparecer como instituciones claves para evitar esto. Pero hoy ocurre que los partidos se encuentran debilitados, desconectados de las demandas ciudadanas y con serios problemas de representación. Esto evidencia que su funcionamiento, y en particular sus procesos de reclutamiento, no han sido los más adecuados, permitiendo la conformación de grupos cerrados, endogámicos, carentes de ideas, y en los que la ciudadanía no percibe un verdadero sentido de meritocracia.

Entonces, para fortalecer las instituciones democráticas, una opción es comenzar por los mecanismos de acceso al poder. Me refiero a lógicas de reclutamiento que permitan conformar élites capaces de conducir procesos complejos, elaborar un conjunto de ideas y representar un sistema de creencias y valores. Que no solo mejoren la gestión pública, sino que también encarnen liderazgos que transmitan confianza e integridad, un sentido de comunidad política y la construcción de valores compartidos en la sociedad. De esta manera, podremos promover una mayor confianza en las instituciones junto con una mayor confianza interpersonal. Así podremos avanzar hacia una democracia mejor, y, ojalá, hacia una democracia flexible, capaz de adaptarse a los nuevos desafíos que surjan, a los contextos sociales y económicos cambiantes y a las nuevas demandas de la ciudadanía.

3.- Cuánta desigualdad tolera una democracia

Diversos historiadores e investigadores han afirmado que cuando los niveles de desigualdad superan determinados umbrales, tiende a aparecer una inestabilidad política y un mayor riesgo de colapso del régimen presente. Pero este nivel de amenaza para la estabilidad democrática va a variar para cada caso, pues no todas las sociedades conciben la desigualdad de la misma manera. Existen diferentes definiciones para lo que se entiende por este término, variando en cada región, país, y momento histórico. Así, cuánta desigualdad es tolerable dentro de una democracia es algo que también se define dentro de cada sociedad. Y al momento de esa definición surgen debates normativos y valóricos que superan lo técnico, y donde justamente cobran mayor relevancia los consensos a los que se llega como sociedad.

Ahora bien, esta búsqueda de consensos se enfrenta a la dificultad de equilibrar la igualdad de libertades con la igualdad de resultados; que es el gran dilema de la democracia, y que constituye una especie de juego de polos. Ante la dificultad histórica para encontrar este punto de equilibrio es que entra en juego la política. Las instituciones políticas tienen el potencial de permitir a la sociedad en su conjunto maniobrar escenarios de incertidumbre y de divergencias en torno a qué entendemos por desigualdad, en este caso.

La capacidad política es clave para leer los nuevos tiempos que van surgiendo, e interpretar la demanda social para luego canalizar la misma hacia reformas que representen acuerdos transversales, que enmarquen y den forma a la sociedad; que otorguen nuevos límites institucionales sobre los cuales operar, y en los que los actores se sientan tranquilos de que cada uno de ellos va a respetar esas reglas y operar dentro de sus marcos.

Si logramos encontrar el punto de equilibrio, parafraseando a Ben Ansell, entre igualdad de libertades e igualdad de resultados, con las instituciones políticas como vehículo del consenso social, podría funcionar de buena manera una democracia con los niveles de desigualdad que ella misma defina para sí. La historia nos enseña que alcanzar este equilibrio nunca ha sido sencillo, y que es un desafío que siempre estará presente en las democracias. Conviene recordar, además, que no es la primera vez que la democracia enfrenta problemas; sin embargo, a pesar de estos vaivenes, ha sabido salir adelante una y otra vez.